

Las revueltas árabes:
una necesaria perspectiva histórica

Ricardo Marzuca B.

Universidad de Chile

En el presente texto intentaremos hacer algunas reflexiones en torno a las revueltas árabes, sorprendentes y a la vez esperados movimientos sociales que sacuden desde hace varios meses una zona que ha vivido convulsionada en los últimos dos siglos. Nada más certero e indispensable para intentar comprender un proceso que se encuentra en marcha y cuyo desenlace es evidentemente incierto que aproximarnos a su comprensión a partir de la historia. Como señala Jaques Le Goff:

La dialéctica de la historia parece sintetizarse en una oposición, o diálogo, pasado/presente (y/o presente/pasado). Esta oposición, por lo general, no es neutra, sino que sobreentiende o expresa un sistema de atribuciones de valores, como por ejemplo en los pares antiguo/moderno, progreso/reacción.¹

En efecto, se hace indispensable revisar la historia y delinear una visión del pasado para construir nuevas representaciones del presente. De manera de iluminar el evento histórico que nos convoca, recurriremos a la comparación de las revueltas hoy en curso con dos grandes momentos en el espacio árabe: el movimiento emancipatorio contra el Imperio Turco Otomano, en el transcurso de la Primera Guerra Mundial, y el proceso liberador que se inicia con el ascenso del

panarabismo encabezado por Gamal Abdel Nasser. Dicho ejercicio nos abre la posibilidad de contrastar similitudes y diferencias, en orden a esclarecer las características del fenómeno en cuestión y destacar sus singularidades de cara al contexto regional e internacional actual.

Se trata de abordar tres momentos, tres acontecimientos que han sido identificados en la historia como propiamente árabes, que generan expectativas, que promueven libertades, que buscan desestabilizar el *status quo* buscando plasmar un nuevo orden político y social; son instancias que se proponen transformar las realidades a través del ejercicio de principios y valores nuevos. A su vez, cada uno de estos acontecimientos se desarrolla en un marco histórico determinado, de ahí la necesidad de utilizar un enfoque relacional en términos de introducir los hechos y a los individuos en su medio ambiente colectivo.

24 **1.- La revuelta árabe contra el Imperio Turco Otomano**

En una mirada de larga duración, el levantamiento es antecedido por un largo período de un siglo, en el cual el espacio árabe es sometido a la penetración colonial europea.

Desde la invasión napoleónica a Egipto hasta el término de la Primera Guerra Mundial (1798-1918), dicha penetración impuso ciertos esquemas y dejó profundas secuelas en la sociedad y la economía. Si por una parte no había homogeneidad en la intervención del poder colonial, pues en algunas zonas era directa (Argelia, Sudán, Libia) y en otras indirectas (Egipto, Túnez), haciendo de intermediario un gobierno local, en definitiva el contenido efectivo era substancialmente el mismo, salvaguardando tres objetivos de fondo: en primer lugar, la adecuación de la economía de la colonia a las necesidades de la metrópoli, con el consiguiente desarrollo de la agricultura del monocultivo y una explotación rapaz de los recursos naturales y materias primas. Segundo, la prohibición de la acción industrializadora con el fin de mantener formas atrasadas de actividad económica, sumado al hecho de que cualquier innovación, avance pedagógico o cultural era hostilizado. Finalmente, la represión de los movimientos de oposición y de las tentativas de emancipación nacional y social, acompañado de un apoyo a los círculos dominantes tradicionales; de esta manera, para facilitar el control de las colonias se favorecieron los antagonismos locales.²

Arrebatada a comienzos del siglo XX a los otomanos la región del *Magrib*, las potencias europeas esperaban consolidar su posición en el *Mashriq* con el fin de la guerra. El levantamiento árabe contra el Imperio Turco Otomano se generó en el contexto de la Primera Guerra Mundial. Alineado este junto a los Imperios centrales, intentó despertar el apoyo de las poblaciones árabes acudiendo al discurso religioso, mientras los aliados de la Entente, comprendiendo las tendencias emancipadoras y nacionalistas que desde el siglo pasado se gestaban en el mundo árabe, utilizaron el discurso político de los acuerdos del Congreso Árabe de París de 1913, cuyas reivindicaciones tenían un marcado carácter nacional. En este sentido, el primer levantamiento árabe es instigado por Gran Bretaña y promovido con la promesa explícita de apoyar un nuevo orden político bajo la figura de la creación de un gran Estado árabe en el Próximo Oriente, promesa hecha al ala más conservadora del movimiento nacional árabe. La correspondencia entre el comisario británico en Egipto, Mc Mahon, y el Jerife Husayn³, guardián de los santos lugares de La Meca y de gran influencia entre los clanes del Hidjaz, se cristalizó en la promesa británica de independencia a los árabes. La gran revuelta fue proclamada

el 10 de junio de 1916. En tal perspectiva, cabe observar que la primera revuelta árabe es motivada desde el exterior, en un contexto internacional de guerra mundial, en un sistema caracterizado por el equilibrio de poderes. Fue restringida a la zona del *Mashriq* y conducida por líderes conservadores pertenecientes a la familia *Hashimí*, quienes reclutaron un ejército entre las tribus beduinas de la Arabia occidental y prisioneros y desertores de los otomanos. Se inspiró en la idea de unir a la nación árabe y conformar un sólo Estado. En palabras del Jerife Husayn: “Pretendo crear una nueva nación, restaurar la influencia perdida”.⁴ Sin embargo, pese al éxito de la revuelta, al finalizar la guerra se aplicaron dos acuerdos que negaban la independencia árabe. En primer lugar, los acuerdos Sykes-Picot⁵ (mayo de 1916), que repartían el Medio Oriente en zonas de influencia europea entre Francia y Gran Bretaña. En segundo, la llamada Declaración Balfour, en que el ministro de Relaciones Exteriores británico prometía al movimiento sionista mundial un hogar nacional judío en Palestina.

Los acuerdos Sykes-Picot cobraron plena vigencia, siendo incluidos en los tratados de la época y en las decisiones de la Sociedad de las Naciones entre 1922 y 1924, mediante

el sistema de Mandatos. Siria y El Líbano quedaron bajo dominio de Francia, e Irak y Palestina bajo Gran Bretaña. Tal decisión da cuenta de una suerte de legalización del discurso orientalista dominante en Europa, distinción ontológica y epistemológica entre Oriente y Occidente, “estereotipo del otro” que había sustentado la acción colonial y que ahora la prolongaba bajo la idea de que los árabes eran incapaces de gobernarse a sí mismos y por tanto requerían la tutela occidental para desarrollar las instituciones necesarias y “aprender” a autogobernarse. Por otra parte, la Declaración Balfour fue incorporada como objetivo a cumplir en el mandato británico sobre Palestina, hecho que decantaría la colonización del territorio por el movimiento sionista en desmedro de sus habitantes árabes originales. En palabras del historiador israelí Ilan Pappé:

Ésta fue la tragedia de Palestina, que en el mismo período en que cristalizó como un típico Estado-nación árabe, el movimiento sionista pudo definir claramente lo que significaba geográficamente mediante el concepto de *Eretz Israel* o la Tierra de Israel; con el sionismo llegó también la idea de la partición de Palestina.⁶

El período que transcurre entre 1918 y 1948 está caracterizado por la consolidación europea en la región del *Mashriq*, funda-

mentalmente de Francia y Gran Bretaña a través de la política de los Mandatos y su impacto en el desarrollo económico, social, cultural y político de la zona. El fraccionamiento del mapa de la región será determinante, y es uno de los factores que juega un rol significativo en la evolución del mundo árabe, generando, como una de sus consecuencias, la heterogeneidad y diversa naturaleza de regímenes políticos sobre los que se organizarán los estados árabes. Los británicos propiciaron en lo formal monarquías constitucionales, mientras los franceses repúblicas, aunque en la práctica se promovieron los autoritarismos, la exclusión y persecución política de quienes se opusieron a los regímenes tutelados. De alguna manera, las administraciones mandatarias sirvieron de modelo autoritario y represivo en el espacio árabe, es decir, cumplieron el rol inverso del que debían ejercer según la Sociedad de las Naciones. Asimismo, en la Península Arábiga, Gran Bretaña facilitará la formación de un nuevo Estado inspirado en el wahhabismo: Arabia Saudita. Como señala Al Rasheed: “(...) la formación del estado y la unificación de Arabia bajo la jefatura saudí han de entenderse en el contexto de la intervención británica en el Oriente Próximo”.⁷

Asimismo, este período está caracterizado por el inicio de las luchas de liberación nacional, por lo que emerge un rico y variado debate ideológico y la amplia creación de partidos políticos, cuyo detalle no es del caso analizar aquí. Según Pedro Martínez Montávez: “El panorama político árabe contemporáneo puede resumirse y distribuirse, esencialmente, sin menoscabo importante de la realidad, en las cuatro tendencias u opciones principales siguientes: arabismo, islamismo, marxismo y liberalismo”.⁸ Las dos primeras son esencialmente autóctonas y propias de la realidad árabe, mientras las otras dos son de origen foráneo. Cabe destacar la tensión y debate entre el arabismo, como opción nacionalista unitaria, frente a los nacionalismos locales, cuyo desarrollo guarda relación con la fragmentación a la que es sometido el espacio árabe y su configuración en diversos estados.

Otro factor que acompañó el proceso de consolidación colonial es la penetración de las grandes compañías petroleras y el papel del llamado “oro negro” en la configuración regional del mundo árabe. La apertura del pozo de Baba Gurgur en Irak en 1927 inaugura el proceso en que el Próximo Oriente se convertiría en el principal abastecedor de petróleo para el mundo occidental, situa-

ción que nos ilustra la penetración profunda y conjunta de las compañías del cartel del petróleo en los recursos energéticos árabes, explotados y comercializados con cuantiosas utilidades en beneficio de los capitales occidentales. En la década del treinta comenzó a explotarse el subsuelo de Arabia, en la del cuarenta comienza la espectacular explotación de Kuwait; el petróleo árabe, sin embargo, sería íntegramente manejado por las compañías extranjeras. Las llamadas siete grandes del cartel internacional del petróleo se apropiaron de la explotación del crudo en el espacio árabe: Royal Dutch/Shell, Gulf, Standard Oil of New Jersey, Texaco, Socony Mobil, Standard of California y British Petroleum. Estas compañías, además, se entremezclan controlando empresas subordinadas, estableciendo vínculos en el intercambio de producción y comercialización, de manera que sus intereses financieros como su producción de petróleo crudo no pueden ser diferenciados. El petróleo es indudablemente uno de los factores latentes en los juegos de influencia, crisis políticas y desestabilización en la región.

Finalmente, en este período la creación del Estado de Israel y su evidente rol de guardián de los intereses coloniales en la zona, constituyó un factor fundamental en la

evolución árabe y sus latentes crisis. Es en sí un factor disruptivo y gatillador de conflictos en la región: la llamada *Nakba* o catástrofe para la historiografía Palestina inició dicha dinámica, expresada en la expansión del estado sionista más allá de las fronteras asignadas por la partición del territorio por la ONU en 1947 en dos estados y la violenta expulsión de cerca de setecientos mil palestinos de sus hogares. Este acontecimiento marcó, como lo señala Edward Said, la particularidad de la historia de Palestina en su traumático encuentro con el sionismo, con respecto al resto del mundo árabe:

Palestinian history takes a course peculiar to it, and quite different from Arab history. There are, of course, many connections between what Palestinians did and what other Arabs did in this century, but the defining characteristic of Palestinian history, its traumatic national encounter with Zionism, is unique to the region⁹.

28

A su vez, la *Nakba* y el tema de Palestina son el antecedente inmediato más significativo de la segunda revuelta árabe, y tuvieron una centralidad significativa en la emergencia del panarabismo: Palestina constituiría en adelante un problema de la dignidad árabe.

Según Carmen Ruiz Bravo, desde la revuelta árabe en Palestina entre los años 1936-1939:

Abandonando por completo las diferencias religiosas y hasta patrióticas locales, se forja entonces el concepto de *qadiyat al-`uruba* = la causa del arabismo. Palestina se convierte en símbolo tangible y real del arabismo, ideología que hasta entonces había parecido tener unas metas utópicas e inalcanzables. Al ser atacada Palestina, sufre todo el cuerpo árabe, con lo que demuestra su existencia.¹⁰

2.- Las revueltas árabes del panarabismo

Desde el fin de la segunda guerra mundial, con el proceso de independencia y la guerra en Palestina, se habían catalizado los cambios en la sociedad y en la política de los países árabes:

Los jóvenes oficiales que habían comprendido en las trincheras de Palestina que su derrota ante los israelíes se debía a la incapacidad, corrupción y sumisión de sus estadistas, constituían una nueva capa social que hasta entonces no había podido articularse políticamente.¹¹

Por otra parte, el ejército representaba una institución que asignaba gran importancia a la modernización y al saber técnico, a formas de conciencia que estaban en contradicción con las capas dirigentes tradicionales.

De esta manera, la década del 50 y el mundo bipolar que estableció la Guerra Fría confirmó una dimensión nueva a las relaciones entre los Estados árabes:

El deseo de una unión más estrecha entre ellos había llegado a ser parte del lenguaje común de la política árabe; era ahora tema de debate si dicha unidad debía cristalizar en el marco de un estrecho acuerdo con las potencias occidentales, o al margen de las mismas.¹²

El nacionalismo y socialismo árabes, representados por Gamal Abdel Nasser y el partido *Baaz* (resurrección o resurgimiento)¹³, encabezaron las nuevas propuestas y ensayos de desarrollo económico, político y de unidad.

En 1952 se produce la caída de la monarquía dirigida por el rey Faruk en Egipto, a manos de un golpe de estado dirigido por un grupo de oficiales del ejército encabezado por el general Mohamad Naguib, quien será reemplazado en 1954 por la figura del coronel Gamal Abdel Nasser. Nacionalista árabe y propulsor de lo que se conoce como la ideología Panarabista, se dedicó a la restauración de Egipto y a su independencia, en el marco de su objetivo final, el despertar de la conciencia de unidad árabe y su concreción política y económica:

La patria árabe es una unidad política y económica indisoluble; ningún territorio podrá reunir las condiciones indispensables para su existencia si permanece aislado de los demás territorios. La nación árabe, Umma, constituye una unidad espiritual y cultural; todas las diferencias existentes entre sus miembros son superficiales y falsas, y desaparecerán del todo con el despertar de la conciencia árabe.¹⁴

El movimiento panarabista tomó una fuerza insospechada con la crisis de Suez. Un acuerdo anglo-egipcio en 1936 permitió a los ingleses mantener una base militar y un gran centro de suministros en la zona del canal, tratado que debía expirar en 1968. Pero la presencia británica ya no era compatible con los cambios políticos reales de la región, ya que disponía aún de una parte del territorio egipcio y de los ingresos de la Sociedad del Canal de Suez. Pese a la pérdida para los ingleses de la India en 1947, el valor estratégico del canal había aumentado con el alto tráfico del comercio de petróleo. Según Yergin: “(...) el canal era la conexión crítica en la estructura de la posguerra del sector petrolero internacional. Y era un paso marítimo de importancia única para las potencias occidentales, que cada vez dependían más del petróleo del Oriente Medio”.¹⁵ Para 1955, el petróleo representaba las dos

terceras partes del tráfico total del canal y, a su vez, dos terceras partes del petróleo destinado a Europa pasaban por él.

La consolidación de Egipto, que contaba con su propio suministro de armas, que atraía los sentimientos nacionalistas de los pueblos árabes pasando por encima de sus gobiernos, que expresaba un apoyo decidido al pueblo palestino y que suministraba armas y pertrechos al FLN argelino, fue percibido por las potencias occidentales e Israel como una seria amenaza a su posición colonial de dominio.

En 1956, EE.UU. había estudiado la posibilidad de prestar ayuda financiera a Egipto, junto con el Banco Mundial, con el objetivo de construir la represa de Assuan, respecto de la cual de pronto retiró su propuesta intentando evidenciar en Nasser su dependencia de Occidente. En respuesta, el gobierno egipcio nacionalizó el Canal de Suez y se hizo cargo de su administración. El corolario tras un acuerdo secreto entre Francia, Gran Bretaña e Israel, fue una acción militar conjunta sobre Egipto con el fin de reestablecer el control colonial de la zona. La breve crisis militar en la región fue rápidamente cuestionada por EE.UU. y la URSS, que no podían aceptar decisiones unilaterales sin previa consulta y consideración a sus intereses. Tras la hostilidad

mundial que generó la acción y el impacto mundial financiero ante el bloqueo egipcio del Canal, las tres fuerzas se retiraron.¹⁶ Las ascendentes superpotencias habían aclarado cualquier duda en torno a cuál era la estructura vigente del nuevo orden mundial. La crisis inauguró al Medio Oriente como un nuevo escenario de confrontación entre las dos superpotencias. En ese entendido, los Estados Unidos formularon la llamada “doctrina Eisenhower”, con el objetivo de llenar el vacío dejado por la otrora influencia franco-británica, protegiendo y apoyando los regímenes prooccidentales de la infiltración comunista o, en su defecto, la amenaza de la URSS. En este sentido, compartimos la afirmación de Heller:

La valoración occidental de aquella evolución dentro del mundo árabe se hizo desde un punto de vista demasiado estrecho. Se partía del principio de que el nacionalismo árabe, encaminado a la independencia y a la soberanía, era equiparable a las tendencias comunistas. Semejante doctrina no podía sino reforzar la ola de nacionalismo árabe en vez de frenarla.¹⁷

Los resultados de la crisis no se hicieron esperar. Nasser, vencedor político en la crisis, consolidó su imagen ante el mundo árabe y la comunidad internacional. Aumentó la tensión entre los Estados Árabes nacionalis-

tas y los conservadores miembros del Pacto de Bagdad. La división se tradujo en un factor de conflicto interno en varios países, lo que acarrearía una suerte de efecto dominó. En 1958, estalla una guerra civil en el Líbano y paralelamente una lucha de poder en Siria, que llevó al ala más nacionalista al poder en la primavera de 1957 y a llamar a la unión con Egipto. Concertada la unión, los dos países se fusionaron en la República Árabe Unida. Ante este panorama, los reinos Hashimíes de Irak y Jordania crearon una unión contendiente, pero las protestas internas, incitadas por el llamado de la RAU, que apuntaba a la creación de un nuevo orden en el mundo árabe, a vencer las cadenas del dominio colonial, de independencia y unidad, condujo a la revolución en Irak.

La renovación de los acuerdos con la *Iraq Petroleum Company* para la explotación del petróleo en 1952, la prohibición de todos los partidos políticos en 1954 por el primer ministro Nuri As-Said y finalmente, en 1955, la entrada de Irak al Pacto de Bagdad con el patrocinio de Estados Unidos, que establecía una alianza militar entre Iraq y Turquía a la que, más tarde, se unirían Gran Bretaña, Pakistán e Irán, gatillaron la revolución conducida por el coronel Abdil Karim Al Kassim. El golpe de estado estuvo

liderado por dos bloques, uno nacionalista y otro de izquierdas. El bloque nacionalista estaba conformado por el *Baaz* y el apoyo de los musulmanes sunníes. El bloque de izquierdas estaba impulsado por los comunistas, con el apoyo de los shiíes y por importantes minorías nacionales, como los kurdos. El rey y la mayoría de su familia fueron ejecutados y el país se convirtió en una república. La familia Hashimí perdió la esperanza de representar el rol principal en la política árabe, pese a que una de sus líneas permaneció rigiendo en Jordania. El nuevo régimen declaró la salida de Irak del Pacto de Bagdad.

La reacción occidental fue inmediata. La nueva revolución determinó el envío de tropas norteamericanas al Líbano y británicas a Jordania, con el fin de respaldar los gobiernos del presidente Chamoun y del rey Husayn respectivamente. Ambas fuerzas se retiraron pronto. La intervención de la ONU y el cambio de mandatario en el Líbano, donde el recién ascendido general maronita Shiab asumió una postura neutralista, rechazando la doctrina Eisenhower y obligando al retiro norteamericano. Para Gran Bretaña, el incidente marca el fin de su rol principal en los asuntos árabes. Sin embargo, la intervención occidental había blo-

queado las posibilidades de expansión de las revueltas panarabistas. Pero no sólo el factor externo había limitado y determinado el fracaso de la unión árabe, también jugaron su rol los elementos internos. En efecto, a pesar de la perspectiva que la revolución iraquí podría conducir a la incorporación del país a la unión de Egipto con Siria, la división de intereses hegemónicos entre Bagdad y El Cairo se manifestó rápidamente, lo que frustró la iniciativa. En el marco de la RAU, tres años después los intereses discrepantes condujeron a un golpe militar en Siria en 1961 y la disolución de la unión. A pesar de estos hechos, Gamal Abd al-Nasser se mantuvo como el símbolo del movimiento de los pueblos árabes hacia una unidad más amplia y la efectiva independencia.

La heterogeneidad en la naturaleza de los regímenes árabes y la permanente inestabilidad de sus gobiernos socavaron cualquier posibilidad de reconstituir lo que se consideraba en el discurso panarabista la patria árabe indivisible. A lo anterior, se agregan las diferencias en la realidad y dinámicas regionales entre las zonas del *Magrib* y el *Mashriq*. En Siria, el partido *Baaz* se adueñó del poder en 1963, primero en manos de civiles y luego encabezado por los militares que adherían a la organización. En Irak,

el gobierno de oficiales instaurado por la revolución de 1958 fue reemplazado por uno más inclinado hacia el partido *Baaz* y al nasserismo, pero las discusiones para lograr la unidad de los tres países siguieron revelando las diferencias de intereses y de ideas entre ellos. En Sudán, un golpe militar que había tomado el poder en 1958 encabezó un gobierno que se centró en una política de neutralismo y desarrollo económico, hasta que en 1964 la presión popular reestableció un gobierno parlamentario. En Argelia, el primer gobierno después de la independencia de Francia en 1962, encabezado por Ahmed Ben Bella, fue seguido en 1965 por otro más comprometido con el socialismo y el neutralismo encabezado por Boumediene. Se mantenían las monarquías en Marruecos, Libia, Jordania y Arabia Saudita, mientras Túnez mantenía una posición ambigua gobernado por Bourguiba como jefe de un partido nacionalista de masas pero hostil a la ampliación de la influencia egipcia.¹⁸

Encabezados por las elites militares, los gobiernos nacionalistas árabes buscaron mediante el modelo de estado de bienestar desarrollar la industria, llevar a cabo reformas agrarias, impulsar la educación y la transformación social. Sin embargo, en el ámbito político, se convirtieron en

gobiernos de partido único, impidieron la participación democrática y utilizaron el aparato represivo del estado para perseguir y eliminar a sus opositores. En última instancia, terminaron siendo tanto o más represivos que los gobiernos monárquicos que habían derrocado.

Sin embargo, el golpe definitivo que acarrearía el fracaso del panarabismo lo daría Israel. El conflicto armado de junio de 1967, conocido como la Guerra de los Seis Días, destruyó tanto los sueños de unidad árabe como la idea de derrotar militarmente a Israel y recuperar Palestina. El 5 de junio de 1967 Israel atacó por sorpresa a Egipto, Siria y Jordania. La ayuda de EE.UU. había aumentado significativamente su fuerza económica, complementada con las contribuciones de los círculos sionistas de todo el mundo y las compensaciones que cobraba a Alemania Occidental:

También (se refiere a Israel) había consolidado la fuerza y la experiencia de sus fuerzas armadas, y especialmente de la aviación. Israel sabía que era militar y políticamente más fuerte que sus vecinos árabes. Frente a las amenazas de esos vecinos, la mejor táctica era hacer gala de su fuerza. Ello podía contribuir a un acuerdo más estable del que se había alcanzado hasta el momento, pero en esto subyacía la esperanza de conquistar

el resto de Palestina y concluir la guerra inacabada en 1948.¹⁹

En menos de seis días, Israel le arrebató a Egipto la península del Sinaí; a Jordania la Margen Occidental del Jordán, incluida Jerusalén oriental, zonas palestinas que entre 1948 y 1967 habían permanecido bajo el control de la monarquía hashimí; la franja de Gaza, también territorio palestino pero bajo control egipcio; y las alturas del Golán a Siria. Paralelamente, una nueva oleada de refugiados palestinos se sumó a los expulsados en 1948.

Una de las principales consecuencias de la crisis de 1967 lo constituye el término de la preeminencia del panarabismo. El período que va entre la *Nakba*, o catástrofe Palestina de 1948, a lo que será conocido por la historiografía árabe como la *Naksa*, o desastre de 1967, puede ser denominado como la era del panarabismo. Su declive condujo, por una parte, a la acentuación de los nacionalismos locales, y por otra, a la radicalización política de los sectores más postergados de la sociedad árabe. Esto último se manifestó en el ascenso de dos grandes líneas de desarrollo ideológico: el llamado Islam político y la opción del radicalismo revolucionario, encabezado por los movimientos políticos y de masas palestinos, aglutinados en la OLP.

En suma, la segunda revuelta árabe corresponde a los levantamientos encabezados por los llamados movimientos de oficiales libres, elites militares de mandos medios en el mundo árabe, que a través de sendos golpes lograron botar algunas monarquías e instaurar regímenes que, inspirados en el nacionalismo árabe o arabismo, pretendieron reunificar el espacio árabe que había sido fragmentado por el colonialismo europeo al término de la Primera Guerra Mundial. Promovieron Estados de bienestar fundados en la idea de bien común, procurando grandes transformaciones económicas y sociales, y respondieron al ascenso de las clases medias. A semejanza de la revuelta árabe contra los turcos, la revuelta panarabista fue gestada y dirigida “desde arriba”, en el primer caso por las elites tradicionales y conservadoras, en el segundo, por las elites militares provenientes de las pequeñas burguesías. Fracasó, tanto por la intervención militar occidental, que hizo lo posible para impedir su expansión, como por su debilidad interna, la que se manifestó en su incapacidad de abrir espacios reales de participación política, democracia y libertades públicas, dado que generó más bien regímenes de partido único que reprimieron brutalmente a sus opositores. La rivalidad de liderazgos entre nasserismo

y baazismo, sumado a las tensiones entre Estados de diversos orígenes y naturaleza, fue otro elemento a considerar a la hora del naufragio. El discurso aparentemente utópico de unidad árabe había tomado cuerpo con la promesa de liberar Palestina, sin embargo, el sueño se truncó bruscamente de cara a la rotunda derrota frente a Israel y el rol hegemónico que, con la ayuda de EE.UU., comenzó a ejercer dicho Estado en el mapa del Próximo Oriente.

3.- Las revueltas de la Primavera Árabe

Al período que transcurre entre 1967 y 1990 lo denominaremos *La Guerra Fría Interárabe*. Se caracteriza por las tensiones que emergen entre los estados de la zona. En 1968, los movimientos de resistencia Palestina sustituyeron a Ahmad Shuqairi por Yasser Arafat en la dirección de la Organización para la Liberación de Palestina, dejando atrás el panarabismo y “palestinizando” su discurso al enfatizar el carácter independiente del movimiento nacional palestino. Al Fatah, el Frente Popular de Liberación Palestina (FPLP) y el Frente Popular Democrático de Liberación Palestina (FPDLP) asumieron principalmente el liderazgo. Los dos últimos, apelando al camino marxista-

leninista como vía y estrategia de lucha para la liberación nacional y popular. El discurso radical y revolucionario de estos entró en contradicción con los regímenes árabes, agudizando las discrepancias internas en la sociedad árabe. Los incidentes guerrilleros con Israel, tanto desde El Líbano como desde Jordania, generaron los primeros conflictos. En ambos casos intervino para mediar Nasser, que pese a todo mantenía su influencia entre los árabes. En 1970, Jordania ataca los campamentos de refugiados palestinos y se enfrenta a los movimientos palestinos en el episodio conocido como “septiembre negro”, donde cientos de civiles palestinos perdieron sus vidas, mediando finalmente en el conflicto el presidente egipcio. Sería su última intervención en política árabe, dada su muerte ese mismo año, que supuso para muchos el fin de una era de esperanza para un mundo árabe unido y renovado. Paralelamente, una serie de cambios sobrevinieron en varios países. En Libia, oficiales liderados por el coronel Gaddafi derrocaron a la monarquía; en Siria el gobierno fue reemplazado por un grupo de oficiales también del partido *Baaz*, encabezados por Hafez el Assad. En Egipto, Nasser fue sucedido por Anwar Sadat, quién daría un vuelco a la política ex-

terior egipcia al pedir el retiro de su país de los técnicos y asesores rusos. Su objetivo era dar un golpe de fuerza, de manera de transar con Israel, mediante negociaciones directas apadrinadas por EE.UU. Con ello, se eliminaría la influencia de la Unión Soviética en la zona y Egipto sería un aliado confiable de Estados Unidos, recibiendo así su apoyo económico. La política de apertura (*infitah*) llevada a cabo a partir de entonces, implicó optar por el desarrollismo como estrategia de inserción en la economía mundial.

Desde una perspectiva política, la crisis de 1973 condujo a los acuerdos de Camp David entre Egipto e Israel en septiembre de 1978, sobre cuya base se firmó un tratado de paz en marzo de 1979. En aplicación de sus disposiciones, el ejército israelí se retiró de la península del Sinaí en abril de 1982. Egipto recuperó la soberanía sobre el conjunto de su territorio e Israel finalmente consiguió firmar la paz con un país árabe.

Para el gobierno israelí de la época, conducido por Menahem Beguin, la paz con Egipto, incluso al precio de retirarse del Sinaí, significaba neutralizar al país más fuerte y con mayor peso específico en el mundo árabe, de manera de lograr el objetivo esencial de su política: continuar el proceso de “redención de la tierra” iniciado en 1948,

colonizando masivamente los territorios palestinos conquistados en 1967, anexioná *de facto* gradualmente y haciendo frente de forma eficaz a cualquier oposición por parte de Siria o la OLP.

En una mirada global, lo que parecía una mayor independencia política y económica fue el primer paso hacia una mayor dependencia del Mundo Árabe de Estados Unidos. Las relaciones entre Egipto y Estados Unidos se consolidaron, recibiendo el primero una considerable ayuda económica y militar. El costo para Egipto en el concierto árabe fue su aislamiento y su expulsión formal de la Liga Árabe. Sin embargo, las ventajas del acercamiento a EE.UU. motivaron a que otros Estados, como Jordania, Marruecos, Túnez y sobre todo los países petroleros de la Península Arábiga, siguieran sus pasos en dicho sentido. Como contraparte a los acuerdos de Camp David se constituyó el llamado Frente de Rechazo, del que participaron Libia, Argelia, Irak, Yemen del Sur, Siria y la OLP.

No es objetivo de este trabajo analizar en profundidad este período, sin embargo, los alcances hechos a acontecimientos relevantes, pretenden facilitar una visión de conjunto del proceso que irá decantando el contexto regional e internacional en que

surgen las revueltas de la Primavera Árabe. Esto es, la creciente influencia ejercida por EE.UU. en la región, acompañada de la consolidación de Israel como potencia hegemónica. La llamada Guerra Fría interárabe y la tensión entre los Estados en términos de los grandes bloques de poder norteamericano y soviético, así como la inserción del mundo árabe en la economía global, a partir del proceso de *infitah* iniciado en Egipto.

En este contexto, las condiciones que detonaron las actuales revueltas guardan relación con el proceso que hemos descrito y que se consolida en el período que se inicia en 1990 y se extiende hasta hoy. Lo llamaremos, siguiendo al arabista español Pedro Martínez Montávez, “la era de la neocolonización”. En efecto, la ascensión de Estados Unidos como potencia global a partir de la década de los noventa, marcó el contexto que generó la *intifada* Árabe. En este sentido, en el nuevo orden mundial el mundo árabe, y especialmente la región del *Mashriq* constituían uno de los espacios cruciales para el nuevo proyecto. Desde la perspectiva de Martínez Montávez: “Esta administración se comportará de forma cada vez más unilateral, presionante, dictatorial, amenazadora y excluyente con quienes no colaboren en ese proyecto y lo secunden”.²⁰

Siguiendo con dicho autor, el mundo árabe fue sometido a un proceso de internacionalización más incrementado y conflictivo, que habría que calificar de “neocolonial”, una suerte de reordenación de la zona a través de la intervención directa para, según el discurso occidental, darle estabilidad, seguridad y “modernizarla”.

La política norteamericana en la región se centró en garantizarse el acceso al petróleo, apoyando económica y políticamente a sus aliados árabes, permitiendo que continuaran aplastando y gobernando en contradicción con sus sociedades, pero imponiendo su criterio en torno a la seguridad, sobre la base de que Israel era su bastión estratégico. Asimismo, de manera de consolidar dicha posición, con la venia de EE.UU., había nacido en 1996 el eje estratégico militar Turquía-Israel. La Guerra del Golfo le permitió al primero hacer patente su importancia estratégica como base de apoyo para las operaciones militares y, al mismo, tiempo participar del boicot a Irak al cerrar los oleoductos que transportaban petróleo de dicho país. Así, la cooperación que ya existía entre ambos países desde la década de los cincuenta fue reforzada, de manera de consolidar el control de la región y además aislar a Siria.

En consonancia, EE.UU. bloqueó cualquier posibilidad hacia la formación de instituciones multilaterales árabes. Por el contrario, promovió ejes estratégicos y alianzas bilaterales que fragmentaron y debilitaron la región. De esta manera, otro de los elementos característicos de la nueva realidad tuvo que ver con la fractura definitiva del sistema regional interárabe y su incapacidad para actuar en conjunto. De hecho, en febrero de 1989 se había constituido un nuevo referente, el Consejo de Cooperación Árabe, formado por Egipto, Irak, Jordania y Yemen, con la intención de equiparar regionalmente al Consejo de cooperación del Golfo. Sin embargo, este se disolvió prontamente cuando Saddam Hussein intentó usarlo para avalar su invasión a Kuwait. De hecho, un ejemplo claro de la ruptura del sistema interárabe se expresa en la coalición internacional que lideró EE.UU. para expulsar a Irak de Kuwait, donde participaron países árabes junto con Israel. Por primera vez, Estados árabes actuaban en consonancia con Israel contra otro Estado árabe.

En coherencia, la situación antes descrita estuvo marcada por el criterio dual de división del mundo en Estados legítimos y Estados “fuera de la ley”. La diferencia que alguna

vez separó a comunismo y capitalismo, dio lugar a una distinción entre Estados inmorales y Estados legítimos.²¹ Para la administración norteamericana, tanto Irak como Irán pertenecían a los primeros. Asimismo, la dispersión y fractura del sistema regional árabe se acrecentó con la implementación europea del proceso del euromediterráneo, que enfatizó las relaciones económicas norte-sur, dado que Europa actuaba como unidad, pero los acuerdos de libre comercio se llevaban a cabo individualmente con cada uno de los países árabes.

Para Muhammad Abid Al Jabir, citado por Martínez Montávez, la Guerra del Golfo fue un desastre para los árabes en su totalidad:

La Guerra del Golfo ha dinamitado todo lo que estaba oculto en la situación árabe y ha dejado totalmente al descubierto, sin tapa alguna, el halagador secretismo que se practicaba entre nosotros. Por una parte para los gobiernos árabes enfrentados entre sí; y por otra, los centros de hegemonía mundial están contra los árabes. Ha llegado el momento de que los árabes abran los ojos a la realidad de que son los únicos derrotados, y que esta nueva derrota sólo puede superarse triunfando primeramente sobre sí mismos, sobre la situación no democrática que rige en sus países y sobre las relaciones bilaterales negativas y constantemente pleitadoras que los carcomen. Sin triunfar sobre sí mismos es imposible triunfar sobre el otro.²²

En este contexto, el comportamiento estadounidense en el Medio Oriente puso a sus aliados en situaciones complejas y de tensión frente a sus sociedades, provocando una creciente desconfianza, ahondando las distancias y el descontento. En otros términos, condujo a la definitiva fractura entre las elites gobernantes y sus sociedades. La invasión de Irak el 2003 produjo un despertar en las poblaciones árabes, que se manifestó, como no había pasado en mucho tiempo, en el desafío a las leyes de excepción que amenazaban a los detenidos con penas draconianas. En este sentido, la nueva estrategia de lucha contra el terrorismo elaborada por los EE.UU. a raíz de los atentados del 11 de septiembre de 2001, introdujo una serie de elementos que lejos de aportar a la democratización de la zona, se tradujeron en un aumento del autoritarismo dominante, en un empeoramiento del Estado de Derecho y un estancamiento de las posibilidades de mejora socioeconómica para las castigadas poblaciones árabes.²³ A esto debemos agregar el aumento de la población joven, por debajo de los 25 años, que supone el 65% de la población total de los países árabes, sumado a la creciente urbanización y extensión de la educación, determinando un perfil de una nueva generación de jóvenes urbanos con algún nivel de estudios.²⁴

De esta manera, factores tanto externos como internos sentaron las bases de la emergencia de la sociedad civil como actor relevante. La conformación de nuevos referentes, movimientos sociales y partidos políticos, así como la acción masiva de sindicatos y organizaciones de trabajadores junto a la protesta y denuncia de grupos de intelectuales, nos dan cuenta de un crisol social heterogéneo sin un centro común, que hará patente, por una parte, el descontento general, la frustración y carencia absoluta de expectativas, el empobrecimiento, el desempleo, el agotamiento de un sistema político basado en el clientelismo, la corrupción y la represión hacia adentro; y, por otra, la percepción generalizada en las sociedades árabes de una complicidad de sus regímenes con el nuevo orden regional impuesto por EE.UU., con la hegemonía y fortalecimiento de Israel en detrimento de una castigada y asfixiada población palestina, dirigida por una Autoridad Nacional que instalada en los llamados “territorios ocupados” desde 1995, en coherencia con los Acuerdos de Oslo suscritos con Israel, no tenía posibilidad alguna de crear un Estado palestino; por el contrario, se fortaleció el proceso de expansión de los asentamientos israelíes en los territorios ocupados, junto con la construcción del muro que de hecho

se anexa un porcentaje significativo de la Margen Occidental del Jordán. Con países árabes invadidos, fracturados, controlados, incapaces de solucionar sus problemas internos y regionales, incapaces de implementar políticas propias de redistribución y desarrollo, represivos y dictatoriales, con la independencia y dignidad perdidas, la percepción social fue entonces de una involución, de una vuelta atrás, de un retroceso, de un retorno a las condiciones y circunstancias del período colonizador europeo en la zona. De ahí algunos referentes que dan cuenta de este punto de saturación que estalla con expresiones tales como *Kifaya*, *Karama* (“Basta”, “Dignidad”).

En este punto, nos parece esclarecedor, en relación a las grandes revueltas que hemos abordado, contrastar comparativamente sus semejanzas y diferencias, enfatizando las singularidades que caracterizan a las actuales: en primer lugar, las presentes revueltas, a diferencia del movimiento de independencia frente a los turcos, movido por una elite tradicionalista y conservadora, o del proceso panarabista guiado por las elites militares, nacen “desde abajo”, emergen desde la sociedad civil, sin un centro que de cuenta de ellas. Esta es su característica central y en ella radica su principal fortaleza.

En segundo lugar, ambas revueltas anteriores estuvieron más focalizadas en la región del *Mashriq*, si bien los movimientos arabistas también alcanzaron el *Magrib*, y por ejemplo la caída de la monarquía en Libia en 1969 tiene un tinte nacionalista árabe; sin embargo su acción e incluso su ensayo de unidad como la RAU se proyectó en la primera zona. La Primavera Árabe se inicia en el *Magrib* y de ahí se irradia con igual fuerza y mucha rapidez hacia el *Mashriq*, por ende su carácter en el espacio árabe es más global, y dada su potencia desde la base social, ha superado la naturaleza y heterogeneidad de los regímenes. En otras palabras, el malestar social es independiente del tipo de régimen, dado que la crisis es local y regional. Todo el espacio árabe ha sido sacudido por sus propias sociedades, desde las petromonarquías a las monarquías pseudo constitucionales y a las mal llamadas repúblicas: Marruecos, Túnez, Egipto, Siria, Jordania, Baréin, Arabia Saudita y Yemen, como principales focos de las revueltas, dan cuenta de dicha realidad.

En tercer lugar, en relación al contexto internacional, la primera revuelta se produjo en un sistema de equilibrio de poderes y una situación excepcional, como la Primera Guerra Mundial; recibe un estímulo exter-

no, la promesa de independencia y unidad, en medio de un proceso colonizador que utilizó la revuelta para consolidar los intereses hegemónicos franco-británicos en la región del *Mashriq*. La segunda revuelta surgió en un contexto de Guerra Fría, marco que polarizó a los regímenes árabes, presionados por los grandes bloques de poder. Sin embargo, su estímulo fue interno, la ideología panarabista, que si bien contó con un fuerte apoyo social en todo el espacio árabe, sucumbió a las limitaciones y vicios de su propia dirigencia, así como también fue socavada desde el exterior, por la intervención norteamericana y europea que “salvó” a varios gobiernos de “caer” en manos panarabistas. Israel le dio el golpe de gracia. Las actuales revueltas árabes se están desarrollando bajo un sistema unipolar, en medio de un proceso neocolonizador que ya hemos analizado. La percepción de involución, la desesperanza ante la pérdida de Palestina, la doble fractura del sistema regional interárabe, por una parte, y de las elites gobernantes con sus ciudadanos, por otra, hacen que los factores locales y regionales estén indisolublemente unidos. La crisis atraviesa todos los niveles.

Finalmente, las tres revueltas han apelado a principios libertarios, a la autonomía, indepen-

dencia y dignidad árabe. En las dos últimas, adquiere centralidad la cuestión de Palestina y se apela también, sobre todo en el presente movimiento, a la transformación y justicia social, ya que la revuelta panárabe fracasó en ambos planos. Según Martínez Montávez en una reciente entrevista dada con motivo de analizar la Primavera Árabe, pese a las diferencias que se han producido en cada país, existirían tres ejes principales que la motivan:

El primero de ellos y por encima de todos, por las libertades en los diversos órdenes de la existencia humana. Libertades en plural y en concreto. El segundo eje sería la recuperación de la dignidad. No como el movimiento de los “indignados” que se está dando aquí pero sí dentro de un sentimiento colectivo de que se les había robado la dignidad. La justicia social, por último, sería el tercer eje de lucha de las personas movilizadas en distintas partes de las denominadas “revueltas árabes”.²⁵

En suma, las revueltas de la Primavera Árabe, iniciadas en Túnez con un simbólico gatillante como la inmolación de Mohamad Bouazizi, tienen sus causas profundas y motivaciones en el contexto que hemos descrito. A la fecha, tres gobiernos dictatoriales ya han caído: Ben Alí en Túnez, Mubarak en Egipto y Gaddafi en Libia. Sin embargo, las profundas y radicales

transformaciones exigidas por la sociedad civil requieren de un largo proceso cuyo éxito está por verse. En el caso de Siria y Yemen los levantamientos y protestas continúan bajo la represión de sus respectivos gobiernos. En países como Marruecos y Jordania, los monarcas han iniciado un conjunto de reformas de manera de aplacar las demandas sociales y convertir sus regímenes en algo más aproximado a una monarquía constitucional real. Si bien las causas de las revueltas tienen los ejes comunes expuestos, la diversidad y heterogeneidad de las realidades locales relativizan y abren interrogantes frente a la ola democratizadora que empujan “desde abajo” las sociedades árabes; con todo, su sentido último pareciera no tener vuelta atrás y ser tan sólo un problema de tiempo. Como proceso de larga duración, nos encontramos frente a un movimiento que busca definitivamente iniciar una nueva era en el espacio árabe. Se trata, como señala Muhammad Abid Al Jabir, definitivamente de triunfar sobre sí mismos, pese a los gobiernos árabes enfrentados entre sí y a la permanente intervención de los centros hegemónicos de poder. Se trata finalmente de la búsqueda de un nuevo destino.

Notas

- ¹ Le Goff, J., *Pensar la historia. Modernidad, presente, progreso*. Barcelona, Paidós, Colección Surcos, 2005, p. 9.
- ² Valabrega, G., *La Revolución Árabe*. México, Fondo de Cultura Económica, 1972.
- ³ La correspondencia completa, un total de ocho cartas entre Mc Mahon y Husayn, es reproducida por Antonius, G., *The Arab Awakening*. New York, Capricorn Books, 1965, pp. 413-27.
- ⁴ Lawrence, T. E., *Seven Pillars of Wisdom*. Londres, 1940, p. 23.
- ⁵ El texto completo de dichos acuerdos secretos entre Mark Sykes, miembro del parlamento británico, y Charles George Piccot, cónsul general de Francia en Beirut, es reproducido por Laqueur, W. and Barry R. eds., *The Israel-Arab Reader: A Documentary History of the Middle East Conflict*. New York, Penguin Books, 1984, pp. 12-5.
- ⁶ Pappé, Ilan, “El sionismo y la solución de los dos Estados”. En: Hilal, J. (ed.), *Palestina, destrucción del presente, construcción del futuro*. Barcelona, Edicions bellaterra, 2008, p. 70.
- ⁷ Al Rasheed, M., *Historia de Arabia Saudí*. Madrid, Cambridge University Press, 2003, p. 20.
- ⁸ Martínez Montávez, P., *Mundo Árabe y cambio de siglo*. Granada, Universidad de Granada y Fundación El Legado Andaluzí, 2004, p. 265.
- ⁹ Said, E., *The Question of palestine*. New York, Vintage Books Edition, 1992, p XXXV.
- ¹⁰ Ruiz Bravo, C., *La controversia ideológica nacionalismo árabe/nacionalismos locales. Oriente 1918-1952*. Madrid, Instituto Hispano-Árabe de Cultura, 1976, p. 93.
- ¹¹ Heller, E., “El mundo árabe-islámico en marcha”, en: Benz, W. y Graml, H. (ed.), *El siglo XX. Problemas mundiales entre los dos bloques de poder*. Madrid, Historia Universal Siglo XXI de España editores, tomo III, volumen 36, séptima edición, 1987, p. 98.
- ¹² Hourani, A., *Historia de los árabes*. Buenos Aires, Javier Vergara Editor, 1992, p. 379.
- ¹³ Fundado por Michel Aflaq y Salah Bitar en 1940 en Damasco, el Partido Socialista de la Resurrección Árabe se desarrolló con gran fuerza en Siria e Irak, ambos países donde alcanzará el poder. Se presenta como un movimiento árabe nacionalista, socialista, democrático y revolucionario, tendiente a lograr la unidad del mundo árabe, comprendida como una unidad indivisible. Véase: Zeraoui, Z., *Siria-Iraq. El ba'ih en el poder*. México, Ed. Universidad Nacional Autónoma de México, 1986.
- ¹⁴ Abdel Nasser, G., *La filosofía de la revolución*. El Cairo, Dar Al-Maarif, 1960, p. 34.
- ¹⁵ Yergin, D., *La historia del petróleo*. Buenos Aires, Vergara Editor, 1992, p. 64.
- ¹⁶ Hourani, A., *op. cit.*, p. 380.
- ¹⁷ Heller, E., *op. cit.*, p. 102.
- ¹⁸ *Ibid.*, p. 422.
- ¹⁹ *Ibid.*, p. 326.
- ²⁰ Martínez Montávez, P., *op. cit.*, p. 169.
- ²¹ Martín Muñoz, *Iraq. Un fracaso de Occidente (1920-2003)*. Barcelona, Tusquets Editores, 2003, p. 154.
- ²² Martínez Montavez, P., *op. cit.*, p. 138.
- ²³ Martín Muñoz, G., *op. cit.*
- ²⁴ Martín Muñoz, G., “Generational Change, Identity and Democratic Crises in the Middle East”, en: Roel M. (ed.), *Alienation or Integration, Arab and Turkish Youth between the Family, the State and the Street*. Richmond, Curzon Press, 2000.
- ²⁵ Martínez Montávez, P., “Hablamos de las revueltas árabes en abstracto y en singular, cuando deberíamos hacerlo en concreto y en plural”. Entrevista con Pedro Martínez Montávez, en: <http://www.madrid.uned.es/web/noticias/noticia/1092>.